

LOS HOMBRES DE LÁZARO CÁRDENAS: APUNTES SOBRE LA AYUDA MEXICANA AL EXILIO ESPAÑOL DE 1939

Pablo Carriedo Castro

Washington University

Resumen.- En el tiempo de mayor auge del fascismo, cuando el crimen y la locura, así como el silencio y la democrática complacencia, parecían triunfar e institucionalizarse en toda Europa, el pueblo de México y su gobierno dieron un ejemplo de racionalismo, de humanismo y de solidaridad único en su época. Lázaro Cárdenas y el equipo diplomático reunido en torno suyo, además de señalar uno de los mayores hitos en la política mexicana de todos los tiempos, constituyeron también la esperanza última para decenas de miles de exiliados españoles y de resistentes antifascistas de todo el mundo abandonados en Francia a su suerte. El presente trabajo quiere reunir algunos de los nombres de aquellos diplomáticos (en la seguridad de que faltan muchos otros), conocer algo más sobre sus vidas y reconocer su trabajo impresionante por la vida, la democracia y el socialismo.

La diáspora

Tras una cruenta guerra civil de tres años, en 1939, el gobierno democrático de la Segunda República española fue derrocado por un golpe militar. Las fuerzas vencedoras, acaudilladas por el general Francisco Franco, se dispusieron a construir lo que llamaron una *Nueva España*, articulada bajo los principios del totalitarismo fascista: ideal de economía autárquica, militarización de la sociedad civil, antisemitismo, durísima censura y una disciplinada organización de la barbarie cuyo objetivo fue dar fin a las llamadas *ideologías vencidas* (liberalismo, marxismo, separatismo) y al sistema democrático. “La idea de juego o turno político”, sentenciaba en 1940 José María Pemán —intelectual destacado y militante falangista— ante una manifestación de afines en Madrid, “debe dejar paso a la de exterminio y expulsión”. Y, de hecho, no eran palabras huecas; bien planificada desde los poderes del estado, financiada por la burguesía triunfante, bendecida por la Iglesia Católica y concienzudamente ejecutada por sus múltiples brazos armados (ejército, guardia civil, policía, grupos paramilitares) se desencadenó una ola de revanchismo, represión y violencia sin precedentes en la historia moderna del país, consumando así una depuración brutal en la sociedad española de dimensiones, todavía hoy, desconocidas.

Aunque las cifras de la represión contra los republicanos vencidos son todavía hoy tema de intensos debates entre los investigadores y especialistas del periodo, puede asegurarse que las estimaciones tradicionales más optimistas, aquellas heredadas de la historiografía franquista, han sido ya objetivamente

superadas. Nuevas valoraciones de los registros, nuevos balances, documentos y testimonios, así como el descubrimiento y exhumación de nuevas tumbas y fosas comunes han duplicado y hasta triplicado en algunos casos, el número de las víctimas, arrojando la cifra aproximada de 150.000 asesinados por motivos políticos durante la dictadura española. Del mismo modo, otros 600.000 republicanos más fueron encarcelados, recluidos en campos de concentración o alistados en batallones de trabajo —mano de obra esclava para la reconstrucción del país—, de los cuales, al menos una quinta parte moriría a causa del hambre y las enfermedades. Así, ante los riegos, muy reales, de perder la libertad o la vida, cientos de miles de personas iniciaron el conocido como exilio republicano español de 1939.

A día de hoy, aún no puede aventurarse una cifra exacta del número de individuos que decidieron salir del país. Se estima que alrededor de 400.000 personas abandonaron España en el mismo 1939, mientras otros 200.000 lo harían en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra. Aunque ese flujo humano, impresionante en los primeros momentos, decreció a partir del año 1943 aproximadamente, la salida de nuevos individuos se mantuvo constante hasta el umbral de la década de 1950, cuando prácticamente se agota y se inician, a la vez, los primeros retornos. Ello, sumado a la precariedad y a la precipitación de las evacuaciones, ha dificultado su recuento definitivo. Cabe decir en todo caso que, frente a otros exilios históricos que afectaron a colectivos más o menos especializados (religiosos, políticos, intelectuales), una de las peculiaridades sobresalientes del éxodo de 1939 consiste en su extraordinaria amplitud sociológica. Marcharon al destierro familias enteras: hombres, ancianos, mujeres y niños; gentes de todas las profesiones y clases sociales: obreros, campesinos, técnicos y artesanos, profesores y maestros, médicos, juristas, periodistas, bibliotecarios, escritores, artistas, comerciantes o profesionales liberales; de hecho “nunca en la historia de España”, asegura Vicente Llorens —exiliado él mismo y uno de los mejores estudiosos del fenómeno— “se había producido un éxodo de tales proporciones ni de tal naturaleza” (Llorens, 2006: 290). Ello convierte al exilio de 1939, no sólo en el más numeroso, sino también en el más importante cualitativamente, y el más representativo de la historia de España. En rigor, el vacío dejado en el país se ha calificado ya como un auténtico “páramo” (Abellán, 1977: 7), especialmente visible en las áreas de la educación y la inteligencia, privando así, durante décadas (y en muchos casos, ya para siempre), a todos los españoles del futuro de una de sus mitades más representativas, la más dinámica y —en palabras de José Ortega y Gasset— la más vital: la España liberal y progresista.

En su gran mayoría, los republicanos salieron al exilio a través de los pasos y montañas cercanas a Francia, sin recursos ni alimento alguno, habiéndolo abandonado todo en España, y constantemente acosados por la aviación fascista que ametrallaba a menudo las columnas militares o civiles en retirada. Durante varias semanas decenas de miles de personas fueron retenidas en las fronteras con Francia, hasta que el gobierno galo se decidió a abrir finalmente sus puertas. Desbordadas por la avalancha y ante la imposibilidad de tramitar visados y papeles de residencia para todos los españoles, la primera medida tomada por las autoridades francesas fue la instalación de campos de concentración, más o menos provisionales, a lo largo de la costa occidental del

país y en Argelia, en los que internar a los republicanos: Roland Garros, Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Barcarès, Vernet, Gurs, Setfonds, Arles-sur-Tech, Prats de Molló, Morand, Suzzoni, Bram, Adge o Djelfa —entre otros, gestionados después por los nazis como Dachau, Boyermoor, Oraienburg-Sachsenhausen, Ravensbrück, Buchenbald o Mauthausen—, donde muchos refugiados encontrarían la muerte.

Existe ya buena bibliografía para aproximarse a la realidad que vivieron los españoles en los campos de concentración franceses, a la que remito. En general, la precariedad de las condiciones de vida hizo muy difícil y humillante la supervivencia. Recién llegados (conviene recordar que no habían incurrido en delito alguno), los reclusos eran desprovistos de sus objetos personales; se les rapaba la cabeza y se les asignaba a un barracón o tienda —los llamados *marabús* en África— que, en la mayoría de los casos, compartían no menos de diez personas. En los campos del Mediterráneo y las colonias, bloqueados por el mar, rodeados de vallas de espino para prevenir su evasión y custodiados por los cuerpos de ejército de la Legión y las tropas coloniales senegalesas, los reclusos se exponían a un clima extremo, sufriendo altas temperaturas durante el día y muy bajas durante la noche. Las instalaciones carecían de las mínimas condiciones de higiene, sanidad y acceso a agua corriente, lo que provocó el brote de numerosas enfermedades y epidemias como tuberculosis, tifus, disentería, paludismo, pulmonías, fiebres paratifoideas, infecciones de la piel o caquexia. La comida escaseaba. Por norma general, era repartida al azar por las tropas que custodiaban el campo, provocando que los más débiles (ancianos, enfermos, niños y mujeres) perecieran en muchos casos de inanición. Según testimonio de algunos supervivientes, eran comunes los abusos, los robos, la explotación (alquilados a empresarios y terratenientes a bajo precio para trabajar en sus fincas) y las agresiones sexuales.

Los hombres de Lázaro Cárdenas

Luis Cernuda escribía en un poema memorable de su libro *Ocnos*, “¿Qué puede el hombre contra la locura de todos?”. Ciertamente, un hombre solo bien poco puede ante un mundo en guerra. Pero sucede a veces que la Historia nos ofrece también ejemplos de lo contrario; hombres que consiguen superar la locura de todos y hacer efectivo el ideal de solidaridad, mucho más allá de lo poético, en tiempos complicados para la vida. La figura de Lázaro Cárdenas y el equipo humano que formó la diplomacia mexicana entre 1939 y 1942 son uno de esos ejemplos, nombres que merecen con absoluta justicia ser rescatados para la Historia por su audacia y por la firmeza que demostraron en la lucha contra el fascismo y la sinrazón. Alrededor del Presidente Cárdenas se organizó un grupo de hombres excepcionales en su visión de la realidad de su tiempo que tiene muy pocos paralelos en aquel periodo, y aún después.

I

En un país decididamente presidencialista, como lo es México, es justo comenzar por la figura del Presidente **Lázaro Cárdenas del Río** (1895-1970), el primero y más importante de todos los políticos mexicanos del momento, a quien se debe, en última instancia, toda la ayuda prestada a la España

republicana en el exilio. Nacido en Michoacán, en el suroeste del país, ejerció el oficio de la tipografía en su temprana juventud. Una vez estalla la Revolución no tarda en alistarse a las tropas insurrectas; combatió en el ejército de Martín Castrejón destacándose por sus dotes militares y alcanzando, por escalafón riguroso, todos los grados del ejército revolucionario hasta el de general que logra en el año 1933 y que exhibiría ya siempre. Militar, por tanto, de resuelta ideología socialista, antes de su llegada a la presidencia del país en 1934, había desempeñado ya varios cargos públicos de altura, entre ellos la gobernación de su estado natal, así como el Secretariado de Guerra y Marina durante el periodo de Abelardo Rodríguez, inmediato a su elección. Su mandato es, todavía hoy, centro de un intenso debate en la sociedad mexicana, siendo, tal vez, el Presidente más popular de la historia del país. Baste como ejemplo la opinión autorizada de Octavio Paz, que opina al respecto:

La política del general Cárdenas en muchos aspectos fue admirable. Por ejemplo, en el campo de la política internacional su actitud contra el fascismo, Hitler, Mussolini, la invasión de Etiopía, España. Todo eso fue irreprochable. [...] Fue el único jefe de estado que dio asilo a León Trotsky. Cárdenas fue el hombre que abrió las puertas a los refugiados españoles, primero, y luego a los europeos. [...] La presencia de los intelectuales europeos, sobre todo la de los españoles, en el México de la década de la guerra, fue muy benéfica. A ellos les debemos, en gran parte, la renovación de la cultura mexicana. [...] Pero la política de Cárdenas en materia cultural padeció de graves limitaciones. No tuvo ninguna simpatía por la Universidad ni por los aspectos superiores de la cultura, quiero decir, por la ciencia y el saber desinteresados y por el arte y la cultura libres. Sus gustos artísticos —o los de sus colaboradores cercanos— tendían al didactismo seudorrevolucionario y al nacionalismo (Paz, 1995: 432)

Sea como fuere, y al margen de la opinión, la gestión de Lázaro Cárdenas se distingue especialmente por haber sido una de las más honestas y transparentes de toda la historia del país, ampliamente reconocida y respetada, además, por su influencia y su participación en la política internacional de su tiempo. En el propio México, Cárdenas supo llevar a la práctica un conjunto de medidas económicas, sociales y políticas de inequívoca voluntad reformista. En primer término, hay que señalar la creación del *Partido Revolucionario Institucional* (PRI), formado bajo los principios del socialismo liberal y destinado a ocupar un puesto histórico, aunque no siempre leal a su ideario primero, en la Historia de México. Igualmente, destaca su proyecto de reforma agraria, iniciado en los años subsiguientes al triunfo revolucionario, pero desarrollado y completado durante gobierno, cuando se crea un complejo sistema de cooperativas agrícolas y organizaciones sindicales como la *Confederación Nacional Campesina* y la *Confederación de Trabajadores de México* destinadas a organizar un nuevo reparto de la tierra. La protección estatal al campesino mexicano y las expropiaciones de latifundios a grandes terratenientes y grandes señores, marcaron con la polémica sus políticas al respecto, si bien, con un respaldo amplio y entusiasta entre lo más de la clase trabajadora del país. Debe señalarse también la decidida orientación obrerista de sus políticas, la potenciación de los sindicatos de clase, que llegaron a alcanzar un extraordinario poder en el México de la época, así como la nacionalización del transporte (carreteras, vías férreas y aviación) y de los combustibles, llevando a

cabo algunas iniciativas audaces, únicas en toda la América Latina, como la socialización de bienes y tierras de las grandes multinacionales petroleras que operaban entonces en suelo mexicano. Del mismo modo, su visión laica de la realidad le condujo a algunos enfrentamientos, más o menos sonados, con la poderosa Iglesia Católica mexicana, contraria a la revolución y de perfil conservador, si bien, desde su enfrentamiento con el general Calles, sus conflictos se distendieron. A ello se suman, entre otras medidas, el marcado perfil indigenista de sus políticas, es decir, la recuperación y dignificación de los colectivos sociales ancestrales del país a los que protegió con leyes de los frecuentes ataques y de la explotación de la oligarquía tradicional; los decretos contra el juego y la clausura de numerosos casinos y casas de juego; y, finalmente, su intensa preocupación por la extensión de la cultura a todos los colectivos y clases sociales mexicanas, que fueron algunos de los pilares de su política.

En un tiempo marcado por el auge del fascismo y un capitalismo salvaje en plena crisis, las líneas de la política internacional de Lázaro Cárdenas, se distinguen claramente por el racionalismo y la humanización, lo que es ya decir mucho. Su gobierno se posicionó siempre, y de una manera contundente e inequívoca, en favor de las democracias y en contra del imperialismo. Además de los constantes desencuentros con la administración norteamericana y la sonada polémica sostenida con el gobierno del Reino Unido a causa de la nacionalización petrolera, su gabinete encaró la invasión de Etiopía por las tropas italianas de Mussolini y la anexión de Austria y Checoslovaquia por el Tercer Reich, hechos que fueron denunciados con extraordinaria convicción y dureza en los ambiguos salones de la *Sociedad de Naciones*. Del mismo modo, defendió a la Segunda República española contra el golpe de estado de 1936, que será el tema tratado aquí con mayor atención. De hecho, desde muy pronto, se produjo una intensa sintonía entre las Repúblicas de México y de España. El perfil social de sus gobiernos y las medidas de progreso —que, quién lo diría, lo son aún hoy—, sumadas a los lazos ancestrales entre los dos pueblos, facilitaron las mutuas relaciones y condujeron a numerosos proyectos comunes en los ámbitos de la economía, la diplomacia y la cultura.

Es así que, una vez estalla la Guerra de España, Lázaro Cárdenas se posiciona claramente del lado del gobierno legítimo de Manuel Azaña. De hecho, ningún otro gabinete mexicano reconocería ya nunca al gobierno del general Francisco Franco. La República de México, además de apoyar de forma honesta e incondicional a la República democrática en foros y organismos internacionales (algo que no puede decirse de la Unión Soviética, ni de las democracias francesa ni británica, por ejemplo), pudo, en la medida de sus posibilidades, eludir con valentía el embargo de armas y dinero decretado por la comunidad internacional, castigado con severas multas y sanciones. Además, desde el principio de la guerra misma ofreció su suelo como protección y abrigo para los españoles leales. Los primeros movimientos diplomáticos importantes, en ese sentido, se remontan hasta el año 1937 cuando, a petición del *Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español*, se acoge en México a un número cercano a los 500 niños, huérfanos de republicanos muertos en la guerra, a través del *Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español*, presidido por la propia esposa del Presidente Cárdenas, Amalia Solórzano, siendo instalados en la ciudad de Morelia bajo la tutela del

gobierno de México. En el mismo 1937, igualmente, se prepara la creación de una institución llamada a ser mítica, *La Casa de España* en México (antecedente primero del *Colegio de México*) en cuya fundación y posterior ampliación fue clave la figura del intelectual Alfonso Reyes, a través de la cual se resuelve invitar oficialmente a varios grupos de intelectuales, científicos y artistas españoles para que puedan seguir desarrollando su trabajo en México mientras durase la guerra. La arista cultural de la ayuda mexicana a España es, sin duda, una de las más intensas e importantes. La participación de intelectuales mexicanos en el *Congreso Internacional de Escritores Antifascistas* celebrado en Valencia en 1937 es plenamente reveladora a ese respecto, poniendo en claro en muchas ocasiones la entrega del país americano con la causa republicana en España. El escritor José Mancisidor, uno de los ponentes por la República de México en el *Congreso*, exponía ideas como las siguientes en su texto presentado en la revista *El Mono Azul* el 15 de julio de 1937:

Lo que no pudieron realizar los conquistadores en trescientos años de lucha —adueñarse de nuestras almas— lo hizo el pueblo español ese día memorable que en Cataluña, en Madrid y en Valencia aplastaba a los traidores militares y al fascio internacional. [...] A pesar de ser el nuestro un pueblo pequeño, de no ser una potencia militar, de ser un pueblo retrasado en este sentido, empeñamos nuestra palabra de que en el momento decisivo cumpliríamos nuestro deber. [...] Camaradas españoles: heredamos de vosotros un espíritu y una lengua; con ese espíritu y esa lengua vengo a deciros en nombre del pueblo mexicano que en esta gloriosa lucha que estáis realizando por la libertad humana y el porvenir del mundo, México, como un solo hombre, está con vosotros. (citado en Aznar Soler, 1979: 41-42)

II

En todo caso, es a raíz de 1939, una vez consumada la derrota republicana en la guerra, cuando México se convierte en el máximo valedor de las decenas de miles de españoles exiliados, y aún de miles de otros refugiados anti-fascistas de otros países, pasando al primer plano de la muy convulsa y ambigua escena política internacional. Es así que, cuando termina la guerra, Lázaro Cárdenas envía en misión especial a Europa al abogado **Isidro Fabela Alfaro**, hombre de quien dependió en primera instancia gran parte de la ayuda a la España republicana. Nacido en 1882, ya durante sus estudios en la *Escuela Nacional Preparatoria*, tuvo ocasión de conocer a otros jóvenes mexicanos destinados a desempeñar un papel de relieve en el México revolucionario como José Vasconcelos o Alberto de la Huerta, con quienes se inicia en el pensamiento social. Doctorado en Derecho en el año 1908, llegó a trabajar como abogado para varias empresas norteamericanas afincadas en México. Ya en los alrededores de 1910 se implica en los movimientos revolucionarios por medio de algunos amigos y colegas reunidos en torno a círculos literarios como el *Ateneo de la Juventud* de México, el *Club Liberal Progresista* o el periódico *Verdad*, para el que realiza varias colaboraciones en apoyo del general Madero. Su carrera política comienza en el año 1912 cuando se presenta como diputado por el estado de Ixtlahuaca representando la tendencia revolucionaria progresista en su ala renovadora. Desde la Cámara de Diputados combatió ferozmente a Victoriano Huerta, llevando a cabo algunas propuestas sociales

de verdadera altura como la jornada laboral de ocho horas o el domingo de descanso pagado. Tras el asesinato de Madero se exilia a La Habana y Nueva York para, a su regreso, colaborar con el movimiento revolucionario en calidad de abogado asesor y responsable de las complejas relaciones exteriores de su gobierno (problemas ocasionados por la guerra civil y la nacionalización de los recursos), tratando de que las democracias occidentales reconocieran al nuevo estado, lo que le condujo en misión diplomática hasta varios países europeos como Francia, España y el Reino Unido.

El abogado Fabela realizó una magnífica labor en lo tocante a las relaciones exteriores de México y a la extensión de los principios revolucionarios que informaban la ideología base del gobierno mexicano en el periodo. *Ministro Plenipotenciario de la República Mexicana* en Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay desde el año 1916; acreditado como Embajador de México en Alemania en 1920, en 1937 Fabela ocupaba ya el cargo de Representante de México en la *Sociedad de Naciones* en Ginebra, encargado de plantear y difundir los ideales internacionales de la revolución mexicana, conocidos entonces como la "Doctrina Carranza": "*Todos los Estados son iguales ante el Derecho, ningún país tiene derecho a intervenir en los asuntos internos o externos de otros; nacionales o extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del Estado en que se encuentren; la diplomacia debe velar por los intereses generales de la civilización pero no servir para la protección de intereses particulares*". Bajo esos principios, Fabela denunció la invasión de Abisinia, la agresión nazi a Austria (defensa que le valió una importante calle en su capital, Viena, aprobada por el propio Parlamento austriaco), trabajó como miembro permanente de la *Corte de Justicia Internacional* en La Haya, y denunció el golpe militar de 1936 y estableció el marco legal de la ayuda mexicana a España. Además de adoptar como hijos a dos huérfanos de republicanos, Isidro Fabela es designado por el Presidente Cárdenas en 1937 para visitar oficialmente algunos de los campos de concentración situados en los Pirineos, la costa mediterránea y las colonias africanas francesas donde se retiene a exiliados republicanos, e informar al gabinete de su país. El resultado de su visita dio como resultado una serie de textos remitidos a la oficina del presidente, muy bien documentados, estremecedores por su realismo y de valor incalculable, en los que se detallan las condiciones de vida de los campos. Algunos fragmentos de los textos, pueden ser consultados hoy en la obra del profesor Francisco Caudet ya citada, como el siguiente:

Durante mi estancia en Amélie, en la noche del 13 de febrero, el mistral se desató con fuerza ruda al grado de no dejar dormir a los habitantes de esa estación termal que se encuentra a 50 kilómetros de la costa. ¿Cuál sería la situación de los internados en Argelès que se encontraban frente al Mediterráneo, azotados por ese viento helado y sin ninguna defensa para contrarrestarlo? En ese campamento todos los días había habido muertos de frío y hambre, pero esa noche murieron muchos más. La alimentación en los campos ha sido insuficiente. [...] Unas cuantas barracas fueron construidas por los mismos refugiados y otras por soldados franceses; pero como algunas noches son gélidas, se dio el caso de que soldados irresponsables destruyeron las barracas de madera para hacer fuego con ellas. [...] Desde su llegada, los refugiados quedaron aislados del resto del mundo. Los civiles que habían cruzado la frontera con sus esposas e hijos, al entrar a territorio francés fueron

separados, habiéndose mandado a los hombres a una región, las mujeres a otra y los niños a otra. Esta circunstancia ha hecho que la vida de esos malaventurados haya sido mucho más penosa, porque a falta de alojamiento apropiado y a su precaria alimentación, se agregó el dolor de las separaciones, en muchos casos injustificadas. [...] Viven como presos sin serlo, con la circunstancia de que los reclusos, en cualquier parte del mundo, tienen una casa en que vivir, lecho en que dormir y comida segura, y los refugiados españoles no. [...] Encontramos un hospital atendido por un solo médico, un joven español, sin los aparatos, útiles y medicamentos indispensables para la atención de los heridos y enfermos; a tal punto que carecían de desinfectantes para curar a los heridos, de anestésicos para las intervenciones quirúrgicas y aún de analgésicos para calmar las dolencias de los pacientes. En vista de esta apremiante situación suministramos al servicio médico lo estrictamente indispensable para los cuidados más urgentes (citado en Caudet, 2005: 87-89)

Los textos impresionaron hondamente al mandatario que se decide a iniciar las gestiones necesarias para acoger a cuantos españoles refugiados deseen entrar en el país. De hecho, ya en el mismo 1939, un decreto del gobierno establecía que el gobierno de México aceptaba “un número ilimitado” de refugiados españoles en su suelo, siempre y cuando “las organizaciones republicanas en el destierro se comprometieran a costear el transporte y contribuir a su instalación”. (Llorens, 2006: 325). La República de México, en fin, no era una superpotencia. Las evacuaciones, si bien efectuadas bajo la protección diplomática mexicana, hubieron de financiarse en su práctica mayoría con dinero español, ya del gobierno u otras instituciones republicanas, con los fondos de organizaciones humanitarias asociadas después en la *Federación de Organismos de Ayuda a los Republicanos Españoles*, FOARE, o, lo que fue menos frecuente, con capitales privados y donaciones. Lo más común fue gestionar el reparto de ayudas con cargo a los fondos públicos atesorados en cuentas bancarias en el extranjero, dinero en efectivo rescatado del saqueo en España y joyas.

Las organizaciones propiamente españolas que organizaron los recursos fueron, en esencia, dos. Semanas antes del final de la guerra, el gobierno del Presidente Juan Negrín había creado el *Servicio de Evacuación a los Republicanos Españoles*, SERE, previendo la salida masiva de refugiados una vez se dieran por finalizados oficialmente los combates. La SERE, que contó con el respaldo de la llamada *Diputación Permanente de las Cortes* (antecedente inmediato del Gobierno Republicano en el exilio), gestionó visados de residencia, facilitó alojamientos, alimentos, ropa y hasta pensiones para las viudas de combatientes y responsables políticos muertos. Establecieron también contactos con gobiernos afines a la República española con el fin de preparar la acogida en los países receptores, y se alquilaron y fletaron numerosos barcos, trenes y otros medios de transporte, puestos en la medida de lo posible al servicio de los refugiados. La segunda de las dos principales organizaciones fue la denominada JARE, *Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles*, plataforma paralela creada por el senador plenipotenciario de la República, Indalencio Prieto. Enemigo personal del Presidente Juan Negrín, Prieto y sus seguidores, no reconocieron nunca la autoridad del gobierno republicano en el exilio ni, en concreto, la figura de Negrín, al que acusaban de pro-soviético, y decidieron gestionar por su cuenta

algunas de las cuentas y recursos públicos a los que tuvieron acceso (el dinero transportado en el yate *Vita*, por ejemplo, del que tomaron posesión ilegalmente frente a las costas de México), organizando algunas evacuaciones, numerosas expediciones a América e, igualmente, acometiendo la creación de instituciones específicamente españolas en los países de acogida como el mítico *Colegio de México*.

III

En ese mismo radio, junto a la figura de Isidro Fabela se destaca, en los primeros momentos del éxodo republicano, el nombre de **Narciso Bassols García** (1897-1959), responsable de realizar las primeras selecciones de exiliados españoles con destino a ultramar. Natural él de Tenango, abogado y profesor en la *Universidad Nacional de México*, fue uno de los intelectuales más importantes del periodo post-revolucionario, leal siempre al general Calles, aun cuando participara de forma principal, y hasta decisiva, en la gestión de su oponente político Lázaro Cárdenas. Hombre radical en su defensa de la clase trabajadora mexicana y radical también en el humanismo que demostró siempre desde sus puestos de responsabilidad, Bassols fue uno de los principales artífices de la reforma agraria, partidario de la llamada “expropiación total”, es decir, de que el estado mexicano entregara la tierra sin matices a aquellos que la trabajaban, lo que le llevó a algunos enfrentamientos sonados con otras figuras más moderadas de la política mexicana. Desempeñó también el cargo de Director de la *Escuela Nacional de Jurisprudencia*, desde donde acometió un trabajo monumental reformando la política educativa y universitaria bajo los principios del socialismo marxista. En ese radio, se distinguió por su lucha contra la Iglesia Católica y su anticlericalismo, entendiendo que la educación de los mexicanos correspondía al Estado mexicano y no a instituciones privadas. Fundador de la *Editorial Revolucionaria* y de la influyente revista *Futuro*, se inspiró en la obra del escritor e intelectual José Vasconcelos *La raza cósmica* para potenciar la educación rural, una de las más desatendidas históricamente, tanto en los ámbitos de la cultura como de la producción económica, respetando siempre las peculiaridades indígenas que trató de integrar a la sociedad mexicana como parte constitutiva de su historia y su pasado. Ya en 1934 es reclamado por el Presidente Cárdenas para ocupar el puesto de *Secretario de Hacienda* y encarar la reforma monetaria del país. Allí, se destacó como un férreo enemigo de las inversiones extranjeras a las que consideraba una forma encubierta de imperialismo, y partidario de la protección estatal. Tras el desencuentro entre el general Calles, al que siempre fue leal, y el Presidente Cárdenas en el año 1935, se retira de la primera línea de la política mexicana y pasa a ocupar puestos de menor relieve, si bien igualmente decisivos. Será desde ahí cuando ofrezca lo mejor de su ayuda a la República española.

En el mismo 1935, además de participar en varias reuniones con centrales obreras de España, Narciso Bassols es nombrado Embajador de la República de México en Londres y Representante de México en la *Sociedad de Naciones*, encargado de hacer llevar la voz y las ideas del gobierno mexicano al mundo. De hecho, Cárdenas y Bassols compartían una misma visión del entorno político internacional una vez se desata la Guerra de España. En este sentido, ambos entendían el fascismo, no sólo como una amenaza para las

democracias europeas (que lo era ya apenas unos años antes del estallido de la Guerra Mundial), sino para el propio México, amenazado también con convertirse, a la larga, en víctima de la voracidad colonialista de las potencias, poniendo en claro el factor económico de fondo que las estimulaba: “*La solidaridad de México con la causa del pueblo español [explica en un discurso] no es ya un fenómeno gratuito ni inexplicable: es un hecho impuesto por las condiciones históricas de nuestro Continente. [...] Nosotros, los mexicanos que queremos evitar que nuestro país se convierta en un mercado para el fascio, estamos con ustedes y hasta el último día de la lucha tendrán ustedes nuestra simpatía, nuestra ayuda y nuestro cariño incondicional*”. El embajador Bassols entendía, por tanto, la ayuda a la República Española como una necesidad histórica objetiva. Así, sabemos que desde su embajada gestionó la adquisición clandestina de armas con destino a los frentes leales españoles y que fue, también, uno de los primeros políticos en poner en marcha programas de ayuda a los refugiados en 1939 en su calidad de *Ministro de México* en Francia.

Según explica el profesor Francisco Caudet, fue Narciso Bassols, junto al matrimonio (Susana y Fernando) Gamboa de quien hablaremos luego, como representantes oficiales de la *Embajada Mexicana* en París, en estrecha colaboración con el SERE (la JARE no haría eficaz su presencia hasta 1940), el encargado y responsable último de realizar las polémicas listas de españoles acogidos en suelo mexicano. Las primeras selecciones estuvieron movidas por un criterio funcional, es decir, en función de su posible absorción laboral y su mejor aprovechamiento en la sociedad mexicana. Como se ha dicho ya, la República de México, en fin, no estaba en condiciones de acoger gratuitamente a los exiliados, ni aún cuando todos pensaban que su estancia en México sería temporal. En general, cabe decir que se hizo un buen trabajo, si bien, siempre insuficiente en condiciones tan adversas. A pesar de que el gobierno de Cárdenas se había fijado desde un principio ofrecer ayuda a todos los, aproximadamente, cien mil españoles que se encontraban en Francia entre 1939 y 1942, las estimaciones estadísticas actuales establecen un número total cercano a los veinte mil republicanos acogidos en suelo mexicano (Llorens, 2006: 326).

Según datos del propio consulado mexicano, en 1940, el periodo coincidente con la embajada de Bassols en Francia, habían llegado a México cerca de ocho mil refugiados españoles. A este respecto, puede decirse que el gobierno revolucionario llevó a cabo una buena planificación legal y jurídica para garantizar los derechos y deberes elementales de los exiliados en México. Como medio de facilitar su integración, en los primeros meses de 1940, se decreta una disposición de ley, con carácter de medida *ad hoc* para los españoles, estableciendo que todos los refugiados que lo desearan y así lo solicitaran podrían adquirir la nacionalidad mexicana, rango al que se acogieron más del sesenta por ciento de nuestros compatriotas. “Los españoles recién llegados podían obtener la nacionalidad mexicana en 48 horas y el libre ejercicio de una profesión se lograba con la simple presentación de un documento justificativo que acreditara tener los estudios indispensables” (Segovia, 1998: 36).

El historiador Vicente Llorens aporta en su obra citada valiosos materiales basados en la documentación del *Comité de Recepción* de la SERE, correspondientes a las tres primeras expediciones que llegaron a las costas de

México (*Sinaia, Ipanema y Mexique*). Las listas elaboradas por el *Comité* son muy detalladas y ofrecen una buena clasificación de los colectivos, aún contando con un margen de error importante. A modo de ejemplo se reproducen algunas de las profesiones más numerosas: *agricultores*, 469; *mecánicos*, 135; *contadores*, 86; *oficinistas*, 83; *metalúrgicos*, 59; *médicos*, 55; *periodistas*, 55; *chóferes*, 53; *abogados*, 52; *textiles*, 40; *ingenieros*, 38; *músicos*, 38; *marinos*, 37; *electricistas*, 37; *panaderos*, 31; *dependientes*, 27; *pintores*, 26; *comerciantes*, 26; *ferrocarrileros*, 24; *farmacéuticos*, 24; *aparejadores*, 23; *militares*, 22; *tipógrafos*, 22; *dibujantes*, 21; *escritores*, 19; *actores*, 15; *zapateros*, 14; *impresores*, 14; *sastres*, 13; *telefonistas*, 12; *taquígrafos*, 12; *químicos*, 12; *técnicos de cine*, 11. Otros datos del momento se deben a Luis García Téllez que en 1940, elaboraba un balance general sobre siete expediciones donde aporta las siguientes cifras: *Campesinos*, 467; *Obreros*, 937; *Oficinistas*, 243; *Intelectuales*, 1.663; *Técnicos*, 117; *Varios*, 572. Además del factor estrictamente económico, ello contribuyó también a una mejor adaptación del colectivo republicano en México y, en ese mismo sentido, el factor sociológico y laboral resulta fundamental para entender cómo los españoles enfrentaron su exilio, una nueva vida en país ajeno, y en qué medida los refugiados y la sociedad mexicana se identificaron.

Sin embargo, acoger en la sociedad mexicana del momento a exiliados españoles, contó con problemas desde el principio. En un primer término, la absorción del colectivo español ocasionó, en algún caso, protestas entre la población mexicana, que fueron violenta y torticeramente instrumentalizadas por los sectores más conservadores de la oposición política, desatando una verdadera campaña de miedo y desprestigio contra “el español”. Tomás Segovia asegura que alguna prensa de derechas “llegó a especializarse” en la hostilidad hacia los refugiados (Segovia, 1998: 36). En cualquier caso, según explica Vicente Llorens, “la realidad vino a disipar pronto muchos temores. Los refugiados no usurparon sus tierras a los campesinos ni desalojaron de su empleo a obreros y profesionales (los médicos, al principio, tuvieron su clientela entre los propios emigrados). Cárdenas pudo justificar su política y proseguirla en favor de los republicanos españoles” (Llorens, 2006: 325). Un segundo problema (el más importante hoy, historiográficamente hablando) consistió en las duras acusaciones de partidismo recibidas por Narciso Bassols y sus colaboradores, favoreciendo, se decía, a refugiados de ideología comunista frente al resto. Parece que la figura, incomodísima, de Indalencio Prieto y sus querellas con Juan Negrín se ocultan en algún caso tras de esas críticas. En todo caso, el profesor Francisco Caudet no duda en calificar esas acusaciones de “insidiosas e infundadas”, de “parciales y en el peor de los casos simples difamaciones”, aportando documentación valiosa y concluyente relativa a las primeras expediciones hacia México que las desmienten con rotundidad, concluyendo ahí: “Es comprensible que haya habido malestar y suspicacias, porque no hay que olvidar que en Francia había miles de refugiados que no sólo deseaban abandonar los campos de concentración, sino, de manera obsesiva, Europa, debido sobre todo a que, como se temía, la guerra estaba a punto de estallar. [...] Por tanto, en el proceso de selección tenía que haber, aunque haya que lamentarlo, un elemento de suerte, de azar e, incluso —si se quiere— de inevitable arbitrariedad. Pero nunca ese criterio fue —abundan los testimonios al respecto— el criterio dominante” (Caudet, 2005: 247).

IV

El magnífico trabajo desarrollado por la diplomacia mexicana se vio súbitamente amenazado en la primavera del año 1940 por la ocupación nazi de Francia. El país galo quedó dividido en dos territorios: uno controlado por el Reich desde París, y otro, en Vichy, bajo la dirección del gobierno pro-fascista del mariscal Petain. El hecho, humillante para la Tercera República, fue también un verdadero golpe para las decenas de miles de refugiados españoles, indefensos y desprotegidos frente a los fascistas, que vieron de nuevo peligrar su vida. El Presidente Lázaro Cárdenas decide entonces enviar como embajador a Francia, en sustitución de Narciso Bassols —marxista y radical—, a su secretario personal, **Luis Ignacio Rodríguez Taboada**, a quien se deben varios estudios decisivos sobre la emigración española en la época. (Segovia, 1998: 32). Nacido en 1905 en Guanajuato, fue un brillante estudiante de Derecho en la Universidad de su ciudad natal, pasando desde muy joven a la política activa. Elegido diputado en el Parlamento a los veinticinco años de edad, se incorpora pronto a varios puestos de relieve, como la Gobernación del Estado de Baja California en 1932 o la Secretaría Privada del mismísimo Presidente Cárdenas en 1935, con quien, se dice, su sintonía ideológica era absoluta. Así, Luis I. Rodríguez sale hacia Francia en 1940 con instrucciones muy concretas del Presidente mexicano para negociar un tratado con el gobierno de Philippe Petain que permitiera la salida de los republicanos: “Con carácter urgente manifieste usted al gobierno francés que México está dispuesto a recoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia [...] Si el gobierno francés acepta en principio nuestra idea, expresará usted que desde el momento de su aceptación, todos los refugiados españoles quedarán bajo la protección del pabellón mexicano”. Aunque la negociación fue dura —llegando a involucrarse los gobiernos de Italia, la España franquista y Alemania—, al menos teóricamente, el gabinete colaboracionista francés no puso obstáculos a los términos en que fue planteado el convenio por México, que se firma el 23 de agosto de 1940, con la única excepción de individuos en búsqueda y captura por delito común. El convenio, y es importante señalarlo, no sólo se restringió de facto al colectivo español exiliado; numerosos milicianos de las *Brigadas Internacionales* atrapados en Francia se beneficiaron de la protección diplomática mexicana, así como judíos y sefardíes. Muy pronto, sin embargo, las listas elaboradas dentro del marco del llamado *Acuerdo franco-mexicano* fueron filtradas a la policía secreta alemana que operaba en Francia, a través de la llamada *Comisión del Armisticio* (la que fijaba la colaboración del III Reich con las autoridades francesas), siendo severamente depuradas. Ello complicó de manera formidable la evacuación de muchos individuos especialmente distinguidos por su carrera militar, política o intelectual que hubieron de ser resueltas en la clandestinidad, acosados siempre por las fuerzas de seguridad del régimen de Vichy y la Gestapo.

Cabe destacar, igualmente, que Luis I. Rodríguez, además de su brillante trabajo en el ámbito estrictamente diplomático, llevó a cabo algunas acciones humanas verdaderamente destacables en un contexto tan hostil como la Francia ocupada. Fue él, por ejemplo, quien ofreció su protección personal al Presidente Manuel Azaña y a su mujer, señora Rivas Sheriff, instalados en México desde el mismo 1939. Rodríguez, de hecho, acompañó al mandatario

español durante toda su estancia y hasta su muerte; cuando en su entierro las autoridades francesas prohibieron la exhibición de la tricolor republicana, el embajador Rodríguez autorizó expresamente que Azaña fuera cubierto con la bandera nacional mexicana, en un gesto cuya profundidad y simbolismo ha pasado definitivamente a la Historia. En otro momento, se dice que acogió fugitivos de la ley en su propio domicilio en París. Y también que, presionado por algunos sectores para que favoreciera a personalidades y políticos prominentes de la República española, que respondió: *“Por la convicción que me he formado de que la desgracia es común para los exiliados de España; por la gloriosa tradición de mi patria que en ningún caso ha sabido de preferencias cuando ofrece su pabellón para salvar a los perseguidos y, por último, aunque esto parezca insignificante después de lo dicho, por mi propio temperamento, por mi filiación democrática y por el respeto que debo a mis antecedentes, por modestos y sencillos que sean, no puedo aceptar de ninguna manera que en los trabajos de evacuación que se organicen prive el criterio político para salvar en primer término a quienes se sientan con mayores responsabilidades dada la categoría de los puestos que desempeñaron en la República Española. Españoles son todos. Responsables son todos. Víctimas del infortunio son todos también”*.

V

Si, desde 1940, el nombre de Luis I. Rodríguez desempeñó el papel más importante en la alta política, de cara a establecer el nuevo marco legal de la evacuación y la ayuda humanitaria a los españoles, en la práctica, se destaca, y con verdadera luz propia, el nombre de **Gilberto Bosques Saldivar**, diplomático muy injustamente desconocido, pero trascendental figura de la historia de la Segunda Guerra Mundial en todo su conjunto. Nacido en 1892 en Puebla, Gilberto Bosques se distinguió pronto como un hombre de acción. Durante la Revolución, ya en el año 1910, con apenas dieciocho años, abandona sus estudios para incorporarse al ejército de Aquiles Serdán, tomando parte activa también en el llamado movimiento anti-reeleccionista y en algunas batallas de importancia como la defensa del Puerto de Veracruz contra la invasión de Estados Unidos. Una vez vence la Revolución pasa ya a la política, ejerciendo también de periodista destacado en el rotativo “El Nacional” y de profesor, embarcado en la reforma educativa post-revolucionaria que implantó en México la Educación Socialista en pugna con la Iglesia. Hombre muy longevo, pues alcanzó los 103 años de edad, fue también conocido por muchos por el sobrenombre de “el salvador”, lo que da una idea aproximada de las dimensiones de su trabajo para el gobierno de Lázaro Cárdenas en la Francia ocupada.

Nombrado *Cónsul General de México* en Francia en 1938, Bosques hubo de afrontar una de las labores más complicadas de la evacuación: la organización de los refugiados que se agolpaban a las puertas de los distintos consulados y oficinas mexicanas durante los primeros meses del exilio, así como la tramitación de los visados para facilitar su embarque hacia México. Dado el gran número de los candidatos y el amplio radio geográfico dependiente de su oficina (Francia, Norte de África, Líbano y Grecia), se creó una oficina jurídica encargada de la expedición de los papeles y de los traslados a puertos seguros (Marsella, Lisboa, Casablanca) desde donde embarcar a los refugiados hacia

América. En muchos casos y debido a la gran cantidad de candidatos, hubieron de entregarse documentos provisionales que certificaran, al menos, la admisión de las solicitudes, una fórmula intermedia ideada por Bosques, válida hasta la tramitación definitiva, a fin de proteger a los exiliados en lo posible y ofrecerles alguna garantía legal mientras durase su estancia en suelo francés. Ya en julio de 1939, gracias a su trabajo, se había efectuado el traslado de seis mil individuos, entre españoles y *brigadistas*, los voluntarios internacionales alistados en el ejército popular de la República Española. Sin embargo, una vez que Francia es ocupada por el ejército alemán, y pese al tratado *franco-mexicano*, las labores de evacuación se complican y deben desarrollarse en muchos casos en la clandestinidad. “Ayudamos a seis mil refugiados en Francia a llegar a México [explica el propio Gilberto Bosques en entrevista a José Luis Morro], otros cuatro mil recibieron visas mexicanas, pero se quedaron en Estados Unidos o en otras partes. Otros no querían venir a México, sino solamente nuestra ayuda. Algunos utilizaron nuestros papeles para salir de los campos. Yo debía buscar y encontrar vías adecuadas que sólo, al borde y fuera de la legalidad de Vichy, podían tener éxito” (Morro Casas, 1998: 56). El propio Gilberto Bosques mantuvo numerosos contactos con la resistencia francesa y las organizaciones internacionales de ayuda que operaban, fundamentalmente, desde Marsella, a donde traslada su consulado en 1941. A su través, se ofreció protección, refugios y dinero a numerosos fugitivos de toda condición —no sólo republicanos españoles—, y se llegó a tramitar, en algunos casos, documentación falsa facilitando así y agilizando las salidas de judíos, comunistas, intelectuales y otros colectivos especialmente perseguidos, que gracias al gobierno de México pudieron, de este modo, eludir en Francia el cerco nazi.

Su trabajo en lo tocante a la tramitación de documentos, se completó con su preocupación constante por la restauración de la dignidad de los refugiados. Por ejemplo, para evitar que fueran enviados a realizar trabajos forzados, se creó una llamada “oficina de colocaciones”, donde los exiliados podían encontrar ocupaciones pagadas en sus propios oficios. En la propia ciudad de Marsella y en las localidades aledañas de Mennet y Sulevin se crearon refugios específicos para los españoles en los que se ofrecía techo y se abastecía de alimentos mientras esperaban la resolución definitiva de sus papeles o el embarque. Bosques consiguió también la autorización para organizar un sistema de salud, compuesto por facultativos españoles, y mediante el cual se enviaron medicinas a los campos de concentración y se visitaban domicilios y pensiones donde se alojaban refugiados en malas condiciones físicas, ancianos o enfermos para que recibieran la atención necesaria. El consulado mexicano, además, consiguió alquilar dos castillos, el de Reynard y el de Montgrand, que fueron puestos al servicio de los exiliados residentes en suelo francés. En palabras del propio Gilberto Bosques:

El consulado arregló con la prefectura de Marsella el arrendamiento de dos castillos, los cuales llegaron a ser de hecho recintos de asilo. El castillo de la Reynarde era una gran propiedad, de extensión enorme, que sirvió para que acamparan las fuerzas inglesas. En su estancia instalaron las barracas, que más tarde aprovechamos. Después de los ingleses, ocuparon el castillo las juventudes de Vichy, fascistas naturalmente, que destrozaron todo lo que había. Tuvimos que reparar el castillo. Obtuvimos autorización de la prefectura,

y de los propietarios, para cultivar ciertos campos. Había rebaños, un bosque donde se cortaba leña y de la bodega del castillo se hizo un teatro. Para el castillo de Montgrand también hubo que pedir autorizaciones y hacer los arreglos del caso. En el castillo de la Reynarde había de 800 a 850 personas, que tenían todo lo necesario. A juicio del cuerpo consular de Marsella, ello representaba un ensayo importante de protección organizada para refugiados. Había universitarios, magistrados, literatos, hombres importantes y también había trabajadores del campo y del taller. Todos llegaron ahí a protegerse, a buscar abrigo, con el ánimo completamente caído. Para levantarles el espíritu se organizó una orquesta, se montó un teatro, se organizaron juegos deportivos y esos hombres recobraron el buen ánimo. Las fiestas eran muy alegres. Se improvisaron representaciones teatrales como *La zapatera prodigiosa* de Federico García Lorca, y algunas otras obras de dramaturgos españoles. Además se efectuaban ballets. Los albergues también contaban con bibliotecas, talleres, enfermería y casa de exposiciones de arte. En el castillo de Montgrand había unos 500 niños y mujeres. Tenían buena alimentación, en lo posible con dieta especial, bastante buena, que incluso los franceses no disfrutaban; campos de recreo para los niños, un cuerpo médico de pediatras muy capacitados y su escuela. Existía un ambiente de regocijo, de recuperación mental y física para las mujeres rescatadas de los campos de concentración. Finalmente, se operó una transformación adecuada de todo aquello. Se respiraba esperanza, tranquilidad y optimismo.

Uno de los aspectos más importantes de su gestión consistió en la negociación con las autoridades fascistas, tanto francesas como alemanas instaladas en Francia, para que se respetaran los albergues, sometidos siempre a una estrechísima vigilancia por parte de ambas policías. De hecho, Bosques afirma que la Gestapo infiltró en varias ocasiones agentes encubiertos y espías entre los refugiados con vistas a obtener información sobre las actividades de los diplomáticos mexicanos, y si ayudaban o no a fugitivos de la justicia, como, por ejemplo, milicianos y brigadistas internacionales “peligrosos” (es decir, que colaboraban ya en la resistencia), refugiados anti-fascistas, guerrilleros yugoslavos o judíos. De hecho, el gobierno del III Reich se quejó oficialmente al Presidente Cárdenas de la ayuda que desde su consulado se prestaba a individuos declarados en busca y captura, lo que es al menos un exponente razonable de su eficacia. El trabajo de Gilberto Bosques, por todo ello, fue una pieza clave, no sólo para el colectivo español, sino para todo el sistema de resistencia a la ocupación y al gobierno fascista de Petain. Prueba de ello fue el asalto a su oficina en Vichy en 1942 llevado cabo por la Gestapo, cuando Gilberto Bosques es detenido junto a su familia y sus colaboradores más cercanos bajo el cargo de conspiración. Bosques y su equipo, de apenas 10 personas, serán recluidos en la prisión de Bad Godesberg cerca de la frontera alemana con Holanda durante dos años, hasta que en 1944 son puestos en libertad a cambio —nada menos— de 200 espías alemanes.

VI

Otro de los nombres a destacar es, finalmente, el del profesor de Historia del Arte **Fernando Gamboa**. Nacido en la ciudad de México en 1909, desde 1926 estudia pintura, escultura e Historia del arte en la Academia de San Carlos. Decidido socialista, fue uno de los impulsores de las llamadas *Misiones*

Culturales, expediciones al modo de las *Misiones Pedagógicas* republicanas en España que les sirvieron de inspiración, destinadas a llevar la cultura a todos los rincones de la geografía mexicana. Desde entonces, Gamboa se revela como un excelente organizador, faceta social del arte ésa que no abandonará ya nunca. Miembro de la *Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios* (LEAR) de México, destacado durante el periodo post-revolucionario por su innovación y audacia en la socialización la cultura mexicana, Fernando Gamboa participó en el *Congreso de Escritores Antifascistas* de Valencia en 1937. Allí entra ya en contacto con la realidad de la España republicana y sus carencias, estableciendo numerosos contactos con intelectuales, escritores y artistas. Fruto de su visita, a su regreso a México prepara varias exposiciones con objeto de dar a conocer el conflicto español e internacionalizarlo. En 1938, regresa a España invitado por el gobierno de Azaña para hacerse cargo del *Servicio de Propaganda de la República Española en América Latina*, poniéndose a disposición del embajador mexicano en Francia, que entonces Narciso Bassols, con quien colabora estrechamente en la elaboración de listas y, especialmente, en la búsqueda y alquiler de buques con destino a ultramar. Su labor principal consistió en visitar campos de concentración y organizar y gestionar la salida de los españoles (entre ellos muchos intelectuales; por ejemplo, la de los escritores José Bergamín, José Herrera Petere, Paulino Massip, Eduardo Ugarte, Juan Larrea, Emilio Prados y Josep Carner; los filósofos Joaquín Xirau y Eugenio Imaz; el músico Rodolfo Halffter; los pintores Miguel Prieto y Antonio Rodríguez Luna, entre muchos otros). Financiados por la SERE y bajo protección diplomática mexicana, Fernando Gamboa consiguió fletar hacia México los primeros barcos que cruzan el Atlántico transportando republicanos: el *Sinaia*, el *Mexique*, el *Ipanema* y el *Degrasse*; a los que seguirían en el tiempo (realizando en ocasiones dos y hasta tres travesías): el *Flandre*, el *Siboney*, el *México*, el *Iseri*, el *Orizaba*, el *Orinoco*, el *Leerdam*, el *Cuba*, el *Iberia*, el *Santo Domingo*, el *Nyassa*, el *Nyassa II* y el *Nyassa III*, el *Sao Thomé*, el *Guinea* o el *Serpa Pinto*. En las condiciones en las que se encontraban los refugiados en los campos, resulta muy difícil hacerse una idea cabal de lo que supuso recibir la ayuda del gobierno de Lázaro Cárdenas. Acaso uno de los testimonios más estremecedores y emocionantes, por su realismo, sea el del cineasta gallego Carlos Velo, que se incluye en el volumen *El exilio español en México 1939-1982*, recogido por el profesor Francisco Caudet en su estudio imprescindible ya citado. Ahí, Velo explica el capítulo que denomina “la batalla de la mierda”, que tuvo lugar en un campo de concentración del sur de Francia y que por su alto valor testimonial se reproduce íntegro:

Se empeñaron minuciosamente en darnos trato de bestias.

—*Allez-y le cochons espagnols!*

A patadas, a empellones, a culatazos, a mentadas de madre. Con furia y saña tales, con desprecio tal que uno decía ¡coño, lo inexplicable es que no nos ametrallen a todos de una vez! Nos arrebañaron en una playa. ¡Un frío para joderse! Y allí, como decís vosotros, cada quien para su santo. Primero a cuidarse de los propios españoles. Gente hambrienta, aterrorizada, con los nervios hechos trizas, liquidada toda esperanza, dispuesta a matarse por una frazada, por cosa que llevarse a la boca. La violencia todo lo penetraba. Muchos no habían sido combatientes, o sea que muchos eran simpatizantes

ideológicos, desde el pensamiento y el oficio enemigos de las hordas franquistas; o sea que muchos no eran hombres de pelea y eran los que más sufrían. Lo primero, juntarse cuatro o cinco, y formar un grupo para repartirse el trabajo, para protegerse mutuamente, para hablar, para hacer planes inútiles, inútiles porque allí no había más salida que el mar, y si no tienes ni una lancha de remos... La comida se acabó pronto. Algunas veces nos daban un poco de bazofia. Fiebres. Alucinaciones. Noches de insomnio cabal. Días de letargo. Al principio se esperaban con ansiedad las noticias. Noticias de la guerra y noticias de las respuestas a los llamados de auxilio a todo el mundo. Con los días se acentuaba la opresión, la tiranía de los soldados franceses, y crecía el desespero. Faltaban las fuerzas hasta para caminar. Llegamos a hervir agua de mar con arena para chupar los granos de arena y sentir que algo resbalaba por el gañote. Las covachas eran de un metro de altura; se hacían de trapos, cartón, algo de madera que se conseguía, piedras, lodo. En dos o tres metros cuadrados vivíamos seis, diez, doce personas. ¿Vivíamos? Roncábamos, nos pedorreábamos vacíos, llorábamos. ¡Cornetas! ¡Honores a la bandera de Francia! Salíamos como orugas o fantasmas de las barracas, y métele a estar firmes, a saludar a la bandera, a escuchar La Marsellesa y a oír las advertencias y amenazas de los jefes del campo. Un día empezó a soplar un viento huracanado. ¡A las barracas! ¡Ahogaba la arena! Y en las barracas se hizo un calor de infierno. De repente una pestilencia insoportable nos echaba fuera. A la arena, a la arena porque allá adentro nos íbamos a asfixiar. El cielo todo estaba lleno de papeles que revoloteaban. Caían dondequiera los papeles. La pestilencia taladraba las narices. ¡Era nuestro culo! ¿Entiendes? Íbamos a zurrar a un lugar apartado y extenso, entre peñas. Y dejábamos allí los pedazos de papel. ¿Entiendes? Así estábamos. Volvimos a las covachas. Había que ver la cantidad de gente que ya pensaba en el suicidio. Días después de la batalla de la mierda dormitábamos; que era estado permanente, forma de vida natural: dormitar, esperar sin esperar nada de nada. Y oímos de pronto un magnavoz. Algo estaba diciendo un magnavoz. Era la tarde. Serían las seis de la tarde. Casi oscurecía. Salimos poco a poco. Y allí estaban, en el centro del campo, Fernando Gamboa y su mujer Susana. Fernando hablaba por el magnavoz. ¿Y sabes qué estaba diciendo?: “Lázaro Cárdenas, presidente de México, en nombre de su gobierno y de todos los mexicanos, les anuncia: México está abierto para ustedes; es su casa, será su nueva patria. ¡México abre los brazos para los hombres de la República Española!” [...] Tal vez, si no fuera por el vino [confiesa Velo a su interlocutor el italiano Ricardo Garibay] no te lo habría contado. Como ves, es algo que me puede, que me trasija, me saca la gratitud hasta la piel, me lleva a llorar agradecido por la memoria de Cárdenas. (citado en Caudet, 2005: 83-84).

Por todo ello, y sin duda alguna, fue la República de México quien con más energías, con más decisión y de manera más desinteresada, solidaria y efectiva, ayudó a los republicanos derrotados en la Guerra Civil. En rigor, la deuda del progresismo español con el país hermano de México es incalculable. Primero, por los aspectos materiales, los más humanos e inmediatos, de esa ayuda, cuando nuestros refugiados más los necesitaban, atrapados entre la cárcel y la muerte en la España franquista y los campos de concentración y la muerte en Francia. Pero, en un segundo término, resulta incalculable también en lo que tuvo de recuperación y de restauración de los valores e ideales humanistas que también encarnaban los exiliados derrotados de la Segunda

República, y cuyo legado pudo ser preservado para todos los españoles y hombres del futuro gracias al pueblo de México, a su Presidente Lázaro Cárdenas y a su equipo diplomático.

Bibliografía básica

- AAVV (1998) *El exilio literario español de 1939. Actas del primer congreso internacional*. GEXEL. Barcelona.
- (1998) *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Residencia de Estudiantes y El Colegio de México. Madrid.
- (2001) *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)* Ediciones de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- ABELLÁN, José Luís (1971) *La cultura en España. Ensayo para un diagnóstico*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid.
- (1983) *De la guerra civil al exilio republicano*. Mezquita. Madrid.
- (1998) "México y el exilio español" (pp. 11-20) En AAVV *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Residencia de Estudiantes y El Colegio de México. Madrid.
- BOSQUES, Gilberto "La diplomacia mexicana durante la Segunda Guerra Mundial" www.uam.mx./difusion/revista/.../bosques.html
- BOTELLA PASTOR, Virgilio (2002) *Entre memorias. Las finanzas del gobierno republicano español en el exilio*. Biblioteca del exilio. Renacimiento. Sevilla.
- CAUDET, Francisco (2005) *El exilio republicano de 1939*. Cátedra. Madrid.
- CORRAL, José, SOUTO ALABARCE, Arturo y VALENDER, James [Editores] (1995) *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*. El Colegio de México. México.
- HERRERÍN, Ángel (2007) *El dinero del exilio. Indalencio Prieto y las pugnas de posguerra (1939-1947)*. Siglo XXI. Madrid.
- KARAM ENRÍQUEZ, Verónica Astrid "Luis Ignacio Rodríguez Taboada: un diplomático olvidado" www.mexicodiplomatico.org
- LLORENS, Vicente (2006) *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*. Biblioteca del exilio. Renacimiento. Sevilla.
- MARTÍN CASAS, Julio y CARVAJAL URQUIJO, Pedro (2002) *El exilio español (1936-1939)*. [Prólogo de Alfonso Guerra]. Planeta. Barcelona.
- MORRO CASAS, José Luís (2001) "Anna Seghers y Max Aub. Dos destinos unidos por Gilberto Bosques" (pp. 49-56). En AA.VV. *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)* Ediciones de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- PAZ, Octavio (1993) *El laberinto de la soledad*. Cátedra. Madrid.
- PÉREZ MANZANO, Antonio "Diplomáticos ejemplares. Don Gilberto Bosques: Diplomacia diga y humanitaria" www.raoul-wallenberg.org.ar/bosquesp.htm
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo (1987) *Escritos de política y filosofía*. Ayuso y Fundación de Investigaciones Marxistas. Madrid.
- SEGOVIA, Rafael "La difícil socialización del exilio" (pp. 29-40) En AAVV *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Residencia de Estudiantes y El Colegio de México. Madrid.
- SOUTO ALABARCE, Arturo (1998) "Poetas y pintores en la Casa de España y su imagen de México". (pp. 41-52) En AAVV *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Residencia de Estudiantes y El Colegio de México. Madrid.